

## El tren de la muerte

Cuando Nazim Kender descendió del taxi que le llevó hasta el consulado, le sorprendió ver a una multitud de personas que se arremolinaban a las puertas del edificio. Era algo inusual: normalmente no quedaba nadie fuera cuando acababan las horas de oficina. Se apresuró hacia la entrada. Halim, el *kavass*, agitaba los brazos e intentaba explicarle algo a la escandalosa muchedumbre. Al ver al cónsul, corrió hacia él y le informó:

–Parece ser que los han metido a todos en un tren. Se los han llevado...

Unas quince o veinte personas se abalanzaron sobre Nazim Kender y se agarraron a sus brazos y piernas.

–¡Basta! ¿Qué ha pasado? –preguntó el cónsul, perplejo. El llanto de las mujeres no le dejaba escuchar las explicaciones de los demás.

–¡Abran paso! –gritó el *kavass*–. Están haciendo perder el tiempo al cónsul.

El ruido cesó de inmediato.

–Se los han llevado. Les dijimos que eran turcos, pero no nos hicieron caso –explicó llorando un anciano.

–¿Adónde?

–A la estación Saint Charles.

–Por favor, déjenme pasar. Tengo que coger los documentos necesarios de mi despacho –dijo Nazim Kender, corriendo hacia el edificio. Regresó poco después, sujetando un expediente.

–¿Alguien ha venido en coche? –preguntó.

–Sí, yo –respondió un joven.

–Tráigalo inmediatamente.

–Está justo allí, junto a la verja; sígame, por favor.

El joven guio al cónsul y se apresuró a abrirle la puerta de su Citroën. Después lo rodeó y se sentó en el asiento del conductor, preparado para arrancar. La multitud se precipitó sobre el vehículo; unos golpeaban el parabrisas y otros intentaban forzar las puertas. Halim se abrió paso entre ellos.

—Llévenme con ustedes —dijo.

—Suba.

El *kavass* pudo arrojarse sobre el asiento trasero con dificultad.

—No hay tiempo que perder —anunció el cónsul—. Llévenos directamente a la estación Saint Charles.

El pequeño coche se lanzó como una flecha por entre la multitud congregada.

Un sonido de llantos, gritos y sollozos provenía de un vagón con un cartel que decía: ESTE VAGÓN TIENE CAPACIDAD PARA 20 CABEZAS DE GANADO Y 500 KG DE FORRAJE. Nazim Kender ignoró a los oficiales alemanes que pululaban por allí y se dirigió rápidamente hacia él. Unos ochenta hombres y mujeres se hacinaban en el interior. Se empujaban unos a otros, intentando alcanzar los barrotes de madera, suplicando ayuda a gritos mientras mostraban su documentación. Entre el clamor, el cónsul trató de discernir lo que decían e identificó una voz conocida gritando en turco:

—La mayoría de nosotros tiene pasaporte turco, pero no podemos hacer entrar en razón a la Gestapo.

Consciente de que el tiempo apremiaba, Nazim Kender se dirigió al edificio principal de la estación, seguido de cerca por el *kavass*.

—¡Quiero ver a su superior inmediatamente! —exigió al oficial de la entrada.

Otro oficial alemán se aproximó y se le puso cara a cara.

—¿Tiene usted prisa? —le preguntó.

—Sí, mucha. Me temo que ha habido un error. Al parecer, han detenido a algunos turcos y los han cargado en el vagón. El tren está a punto de partir: usted debe hacerles descender de inmediato.

—No se trata de ningún error.

—Mire, tengo una lista con los nombres de mis ciudadanos en este expediente. Los repasaremos uno a uno.

—No se moleste.

—Le aseguro que transportar ciudadanos turcos en ese tren le saldrá caro.

El oficial alemán arrebató el dossier de las manos del cónsul y hojeó la lista que este había preparado.

—¿Estos son turcos?: Alhadeef, Jak; Alhadez, Izi; Alfandari, Rafael; Anato, Josef; Franco, Lili; Kalvo, Luna; Menashe, Isaac; Soriano, Morís... Si estos no son judíos, no sé lo que serán —dijo blandiendo el documento frente a la cara de Nazim. Fue este quien le arrebató esta vez el expediente.

—Sí, son turcos. Puede que la mayoría profese la fe judía, pero también hay musulmanes y cristianos entre ellos. De acuerdo con las leyes de mi país, su religión no es óbice para su ciudadanía. Tienen nacionalidad turca.

El oficial uniformado se disponía a replicar, pero cambió de opinión al oír el chillido penetrante del silbato del tren. Se encogió de hombros, dio media vuelta y regresó adentro. El tren había empezado a avanzar lentamente.

Nazim Kender miró impotente al oficial. Por un momento pensó en seguirlo, pero el tren empezaba a coger velocidad. Echó a correr por el andén hasta alcanzar el vagón que se retiraba. Apartó de un empujón al soldado que intentaba detenerle y subió al tren de un salto. Halim corría detrás de él, pero estaba casi sin aliento cuando alcanzó la mano que el cónsul le ofrecía, puso el pie en el estribo y consiguió elevarse. A punto estuvo de caerse, pero le agarraron de los hombros desde dentro y le ayudaron a subir.

El soldado al que Nazim Kender había empujado corría gritando y agitando los brazos, tratando de llamar la atención de un oficial que se dirigía al edificio principal. Finalmente se detuvo, se volvió y miró frustrado al tren en marcha. Había tomado velocidad y ya no había nada que pudiera hacer. Iba cada vez más deprisa, zarrandeando más violentamente a los viajeros a medida que aceleraba.

Nazim Kender y el *kavass* Halim se miraban mutuamente, incrédulos. ¿En qué se habían metido? ¿Por qué habían hecho algo así? ¿Cuál sería el resultado de sus acciones?

No había respuestas. El cónsul había saltado al tren sin pensar

en las consecuencias. Quizás su valor nacía de un sentimiento de ira y rebelión, y del hecho de que aún conservaba el ímpetu de la juventud. Ahora que el tren se alejaba a gran velocidad de la estación Saint Charles, empezaba a darse cuenta de la gravedad de la situación y a temer sus repercusiones. Sin embargo, solo le quedaba una opción: acabar lo que había empezado. Como cualquier persona honorable, pensaba luchar hasta el final. ¿No era él, a fin de cuentas, el cónsul en Marsella de la gran República de Turquía? Esta pobre gente esperaba que él fuera su salvador. No debía demostrar temor. No había vuelta atrás. Estaría con ellos hasta el final.

—¿Tiene idea de adónde nos llevan? —preguntó el *kavass*.

—¿No hacía ya algún tiempo que te apetecía visitar París? Bien, pues ya está, ahí es adonde vamos. Y, además, piénsalo, ¡estás viajando gratis!

Halim quiso reírse, pero no pudo hacerlo. Viajar en un tren de ganado, aplastado entre una masa de personas que se caían unas encima de las otras no era cosa de risa. El hombre que estaba a su lado era bastante mayor y resultaba obvio que se había orinado encima de miedo. El hedor se extendió por todo el vagón. Aquellos que gritaban y se lamentaban antes de que el tren arrancara no emitían ahora sonido alguno. Nada podía oírse más allá del chirrido discordante de las ruedas del tren contra la vía y del viento que silbaba por entre los huecos de la madera. Parecía que todos se hubieran quedado sin habla.

«Este debe de ser el sonido del miedo», pensó el cónsul.

El extraño silencio fue perturbado por la voz ronca de una mujer que debía de ser una fumadora compulsiva. Sus ojos, inyectados en sangre, irradiaban terror.

—¿Adónde nos llevan?

—Creo que nos dirigimos a París, *madame* —respondió Nazim Kender mientras ella intentaba zafarse de su postura encajonada.

Finalmente, consiguió ponerse en pie sujetando la mano de un joven que se la ofrecía para ayudarla.

—Soy el cónsul de Turquía —prosiguió él—. ¿Pueden levantar el brazo aquellos que tengan nacionalidad turca, por favor?

Unas cincuenta manos se alzaron rápidamente.

—¡Muy bien! Haré cuanto pueda por ayudar a los ciudadanos turcos, pero me temo que no hay nada que pueda hacer por los demás. Lo lamento profundamente.

Una muchacha soltó un alarido y se desmayó. Volvieron a oírse algunos sollozos.

—*Monsieur le consul*, por favor, dígales que también somos turcos —gritó un hombre—. Adoptaremos la nacionalidad turca y seremos sus esclavos hasta la muerte.

—No hay esclavos en Turquía, *monsieur*, tan solo hay ciudadanos. Puede usted solicitar la nacionalidad cuando le suelten, pero me temo que no tengo autoridad para declararles ciudadanos turcos aquí y ahora.

—Por favor, no nos condene a muerte.

—Sálvenos a nosotros también.

—Escuchen, dejémoslo claro: ni siquiera estoy seguro de poder salvar a los turcos. Lo que estoy diciendo es que haré todo lo que pueda; para eso estoy en este vagón —argumentó Nazim Kender—. ¿Cuántos de ustedes tienen aquí su documentación?

Halim contó las manos que se habían levantado. La mayoría no llevaban sus papeles encima porque los habían pillado por sorpresa.

—Es más sencillo para los que tengan alguna forma de identificarse. En cuanto al resto...

Alguien gritó de pronto desde el fondo del vagón:

—¡Se muere...! ¡Dios mío, mi marido se está muriendo!

—¿Hay algún médico entre ustedes? Por favor, ¿hay algún médico?

Un joven intentó abrirse paso por entre la gente sentada en dirección a aquella voz. Un hombre de unos setenta años estaba tumbado en el suelo, con la cabeza apoyada en el pecho de su mujer y las piernas estiradas sobre los que le rodeaban. Su rostro era céreo y sudaba copiosamente.

—Permítanme, por favor..., déjenme pasar...

—¿Es usted médico?

—Soy farmacéutico. Permítame...

El joven le desabrochó el cuello de la camisa y le comprobó el pulso.

—Déjenos un poco de espacio. Retrocedan, por favor, este hombre necesita aire. Vamos, por favor, déjenle un poco de espacio...

—¿Por qué no le llevamos al borde del vagón, donde corre más aire?

—No, no. No lo muevan, podría estar sufriendo un ataque al corazón. ¿Tiene alguien algún medicamento?

—Atrás, atrás —gritó una voz.

—¡Qué suerte! Tiene suerte de morir aquí y no en manos de los alemanes —dijo otra.

—Retrocedan unos centímetros, eso es.

Los que rodeaban al paciente hicieron lo posible por moverse para darle más espacio, pero no hubo una gran diferencia; después de todo eran ochenta personas, hombres en su mayoría, atestando un espacio pensado para veinte cabezas de ganado. Rafael Alfandari miró impotente a su alrededor. Todo lo que podía hacer era intentar calmar al paciente. Le secó el sudor de la frente y del labio superior con su pañuelo y trató de pensar qué haría su padre en estas circunstancias. Recordó que solía decirle: «¡Moral! ¡Levántale la moral! Es algo básico para un paciente. Una persona debe sentir que su corazón tiene la fuerza suficiente para enfrentarse a la muerte.»

—Esto es un ataque de pánico, no un ataque al corazón —le dijo con convicción—. Por favor, intente mantener la calma. Relájese. Respire hondo, vamos. No le duele el pecho, ¿verdad? ¿A que ya se encuentra usted mejor? Se le nota en el color de la cara. Relájese.

Un hombre consiguió abrirse paso saltando sobre los que tenía alrededor. Tenía una pastilla en la mano.

—Siempre llevo una de estas; padezco insuficiencia cardíaca. Tenga.

—¿Y si usted la necesita?

—Vamos a morir de todas formas —contestó el hombre—. Yo no soy ciudadano turco, soy francés.

El vagón se sumió en la oscuridad al caer la noche. Los pasajeros habían perdido la noción del tiempo y no sabían cuánto llevaban allí. Ahora únicamente se escuchaba el murmullo de las oraciones. En voz alta o en susurros, los rezos constantes desplegaron una atmósfera de fatalidad por todo el vagón. El cónsul y el *kavass*

hablaban continuamente entre ellos, haciendo suposiciones sobre cuándo y dónde acabaría aquel terrible viaje. Nazim Kender entregó a Halim todo el efectivo que tenía en los bolsillos.

—Ten, coge esto. Si el tren se detiene en alguna de las estaciones de su ruta, busca un teléfono y llama a nuestro Consulado en París mientras yo discuto con el jefe de estación. Explícales nuestra situación y diles que hagan un seguimiento inmediato. Que llamen a Berlín y a Vichy con urgencia.

—¿Y si no paramos, señor?

—Entonces harás lo mismo en París.

—Pero nadie responderá al teléfono de los consulados antes de las nueve de la mañana.

—¿Sabes el número de Hikmet Özdoğan?

—Me temo que no. Conozco el número de su consulado; pero, como le he dicho, no contestarán a esta hora de la noche.

—Yo sabía su teléfono. ¿Cómo era...? Vamos, ¿cómo era...? Lo tengo en la punta de la lengua, acabaré recordándolo; te lo diré en cuanto lo haga. Debes memorizarlo y llamar tan pronto como puedas. Seguro que él podrá hacer algo. Calculo que mi discusión con el jefe de estación durará al menos media hora.

—No se preocupe, llamaré al cónsul... si recuerda usted el número, por supuesto.

—¿Sabe alguien en Marsella que estamos en este tren?

—No lo creo. No quedaba nadie en el consulado.

—Yo estaba tomando té con el agregado italiano. Él se dio cuenta de que algo horrible sucedía; puede que haya estado indagando.

—¿Sabe, señor? Algo me dice que esa señora turca, ya sabe, la que vino a verle con su hijo en una ocasión; ella fue la primera en llegar hoy... Apuesto a que estará siguiendo este asunto.

—¿Fuiste tú quien le dijo dónde estaba?

—Verá, señor, yo...

De repente hubo una fuerte sacudida. Los que estaban de pie se cayeron al suelo y los que allí había sentados se revolcaron unos encima de otros. El tren frenó hasta detenerse. Todos intentaron acercarse a los barrotes de madera para ver qué había pasado en el exterior.

—¡Atrás! —ordenó en francés un oficial con acento alemán.

Subió al vagón de un salto y permaneció erecto, como una estatua de bronce entre los caídos. También el cónsul se irguió frente a él. Era unos centímetros más alto que el oficial, a pesar de que un turco tan alto era algo poco común. El alemán le miró de arriba abajo; probablemente había llegado al andén esperando encontrar a un diplomático corpulento, bajo y de mediana edad. Debían de haber parado en alguna estación, ya que el tren de la muerte estaba lo suficientemente iluminado como para que Nazim Kender percibiera la sorpresa en los ojos del oficial.

—¿Es usted el cónsul de Turquía?

—Sí, lo soy.

Varios alemanes más subieron al vagón, pisando y empujando a la gente de dentro.

—*Monsieur le consul*, parece que el jefe de estación de Marsella ha cometido un grave error: dio al tren la orden de arrancar antes de que usted se bajara. Le aseguro que los responsables de este error serán severamente castigados. Acompañeme, señor, se lo ruego. Tenemos un coche esperándole; le llevará de vuelta a Marsella.

—Le agradezco su preocupación, pero me temo que debe de haber algún error. El jefe de estación de Marsella no merece ser castigado porque yo subí a este tren voluntariamente.

—Igualmente, él no debería haber permitido que el tren partiera con usted dentro. Por aquí, por favor —le invitó el oficial alemán señalándole la salida.

—Debo indicarle que este vagón está lleno de ciudadanos turcos. Exijo saber adónde llevan a nuestros ciudadanos. Es más: les han subido a un vagón para ganado en contra de su voluntad. ¡Exijo una explicación!

—Son judíos y están siendo llevados a París.

—Aun siendo judíos, son ciudadanos turcos. Tienen papeles perfectamente válidos.

—Se lo repito, señor: ¿sería tan amable de bajar?

—¿Bajar de este vagón para ganado? Haga el favor de comprender que pertenezco a un país que no tolera semejantes abusos hacia el ser humano por motivos de fe. Que quede claro, también, que mi

ayudante y yo saldremos de este tren junto a todas estas personas o seguiremos con ellos hasta París.

—*Monsieur le consul*, me está poniendo las cosas muy difíciles. Está usted en un vagón de mercancías. Deben ustedes bajarse de él. Nos encargaremos de los que tengan documentación turca una vez lleguen a París.

—No me deja alternativa. Parece que tendremos que seguir todos juntos rumbo a París en un tren para vacas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que me niego a abandonar este vagón para ganado sin mis ciudadanos.

—Y yo debo insistir en que se baje usted aquí y tome el coche que le hemos proporcionado.

—Me temo que yo también debo insistir, o nos bajamos todos juntos o continuamos el viaje.

—En ese caso, es su elección. Prefiere usted retomar el camino con los judíos y en estas condiciones.

—Así es. Se trata de nuestros ciudadanos. O nos bajamos juntos o continuamos juntos.

El oficial alemán intentó obligar a Nazim Kender cogiéndole de los brazos, pero el cónsul le detuvo apoyando las manos contra su pecho con firmeza.

—Le aconsejo que no lo haga, joven; sería un error irreparable. Soy un diplomático que representa a un país neutral, por no mencionar la inmunidad de que disfruto. Tenga la certeza de que, si me pone una mano encima, provocará un escándalo diplomático.

—El escándalo ya lo ha provocado usted —replicó el oficial alemán con la cara roja de ira.

—Prevenirlo está en sus manos —le contestó el cónsul—. Uno de los pasajeros de este asqueroso vagón es bastante mayor y ha sufrido un ataque al corazón porque no ha podido soportar la tensión. ¿Está usted dispuesto a afrontar las consecuencias si no consigue llegar a París?

El alemán bajó del tren murmurando algo en su idioma. Los demás oficiales le siguieron. Era obvio que no sabían francés y no habían entendido ni una palabra de la discusión.

Nadie dijo nada durante un rato.  
Finalmente, una tímida voz preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Debemos de estar en algún lugar cerca de Nimes —contestó el *kavass*.

Nadie se atrevía a asomarse afuera para echar un vistazo. Nazim Kender lo hizo y pudo atisbar el exterior: aparte de los quince oficiales alemanes en formación con sus rifles, el andén estaba desierto. No podía ver dónde se encontraban porque un reloj ocultaba el nombre de la estación, pero intentó calcular su posición por la hora que marcaba.

—Sí, debemos de estar en algún lugar entre Arlés y Nimes —dijo mirando al *kavass* para confirmar su predicción.

El tren estaba en punto muerto. No se veía a nadie yendo o viniendo. Todos esperaban angustiados. Cada minuto parecía una hora. Todas las miradas se posaban en el cónsul, erguido y dispuesto a defender sus causas.

Se oyó de pronto la voz de una mujer que estaba en una esquina del vagón:

—Vamos..., vamos... —les repetía a unos niños, animándolos a hacer algo a lo que eran reacios.

—*Monsieur le consul* —gritó finalmente la mujer. Nazim Kender volvió la cabeza y la miró—. Estos niños tienen algo que decirle.

—Sí —contestó el cónsul—. ¿De qué se trata?

—Yo turco..., yo quiere agua..., mucho hambre..., yo tiene frío..., ¿cómo tú estás? —la niña, que ya estaba temblando, rompió a llorar: había pronunciado todas las frases en turco que se había aprendido de memoria.

—¿Eres turca, jovencita? —preguntó el cónsul en su lengua.

La niña afirmó con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Pe... Peri.

El cónsul se volvió entonces al chico.

—¿Y tú? —preguntó.

—Me llamo Sa... perdón: Sami.

Recordó de repente que ya había visto a esos dos niños; fue

en una fotografía, estaban los dos en un jardín. Llamó entonces al *kavass*.

—Mira a quién tenemos con nosotros, bey Halim. Nuestros Peri y Sami están aquí.

Halim estaba confundido e intentaba comprender lo que el cónsul quería decir. En ese momento se oyeron unos pasos en el andén y se estiró para mirar por los huecos del lateral del vagón. El oficial con el que el cónsul había estado hablando regresaba con los mismos soldados. Nazim Kender les esperaba con las manos sobre los hombros de los niños.

El oficial no subió al tren tan rápidamente como antes; esta vez lo hizo agarrándose a los pasadores de hierro de la puerta del vagón.

—De modo que no piensa usted bajarse de este tren; ¿es así, *monsieur le consul*?

—Así es, no lo haré.

El oficial alemán respiró profundamente y, tras un breve silencio, ordenó:

—Desciendan; vamos, bájense.

—¿Perdón?

—Si no abandona usted el tren por voluntad propia, será mejor que lo hagan todos.

—¿De verdad?

—Sí, esa es la orden.

—Ellos bajarán primero. Todos ellos.

—¿Son todos turcos?

—Algunos no tienen aquí sus documentos de identidad, pero estoy convencido de que cuando llegemos a París...

—¡He dicho que bajen! —gritó el alemán. Estaba claro que le molestaba tener que llevar a cabo la orden que había recibido.

—Mi ayudante y yo saldremos los últimos —anunció el cónsul cruzándose de brazos. El *kavass* permanecía a su lado en posición de firmes, como si se tratara de su ayudante de campo.

Los pasajeros del vagón empezaron a descender. Bajaron cuidadosamente al hombre que había sufrido el ataque al corazón. Los dos niños se quedaron junto al cónsul, reacios a separarse de él. La mujer que los había animado a hablar parecía contenta de que

hubieran podido demostrar que eran turcos, aunque rehuía sus miradas por temor a lo que pudiera pasar a continuación.

—¿Son estos sus hijos, *madame*? —preguntó Nazim Kender.

—No, soy su tía. Estábamos comprando en el mercado cuando nos detuvieron.

—Venga, Peri y Sami; es vuestro turno —les dijo el cónsul.

El *kavass* tomó a la niña por las axilas y la bajó hasta el andén. El chico lo hizo solo. El cónsul fue el último en abandonar el vagón, como un capitán abandona su barco. Halim estaba junto a él.

El oficial alemán se les acercó.

—Su coche les espera a la salida de la estación —les indicó.

—Gracias, pero volveremos en un taxi. Agradecería que el coche se llevara al hombre que ha tenido el ataque al corazón. Espero que no le importe.

Una mujer intervino antes de que el oficial alemán pudiera responder.

—No, no; muchas gracias, pero estoy segura de que podremos arreglárnoslas solos. Se lo agradezco igualmente.

El oficial les dirigió una mirada que quería decir: «están locos». Se despidió del cónsul, les volvió la espalda y se marchó, seguido de los demás soldados en formación.

Al marcharse los alemanes, estallaron murmullos de alegría. Las ochenta personas rodearon a Nazim Kender, deseosos de besar sus manos o su cara e intentando abrazarle. Los que estaban más lejos alargaban las manos para tocarle la espalda o los hombros, como si se tratara de un objeto sagrado.

—Por el amor de Dios, no me suban a hombros —gritó el cónsul, pero no había manera de poder controlar las oleadas de amor que batían a su alrededor. No había palabras capaces de describir la gratitud de aquella gente.

—Les sugiero que aquellos de ustedes que no tengan nacionalidad turca se marchen y se refugien en un lugar seguro. Vuelvan a sus hogares tan pronto como les sea posible. —Tras decir eso, preguntó—: ¿Dónde diablos estamos exactamente?

—En Arlés —le contestó el *kavass*.

—Creo que hay un tren para Marsella en una hora, más o menos —informó alguien—. Siempre que no haya sido cancelado...

El cónsul y el *kavass* salieron juntos de la estación. El Mercedes Benz que los nazis les habían proporcionado estaba aparcado fuera.

—Me pregunto si habrá un taxi por aquí. ¿Por qué no lo comprobamos, Halim? —sugirió Nazim Kender sentándose en un banco mientras el *kavass* se alejaba.

En lo más profundo de su mente, se preguntaba si la experiencia que acababa de vivir había sido una pesadilla o había pasado realmente. Unos instantes después le sobresaltó la voz de Halim.

—Parece que hay un coche a leña, señor. ¿Quiere que lo tomemos?

—Sí, tráelo de inmediato.

Nazim Kender se puso en pie, caminó lentamente en dirección al Mercedes Benz y cruzó la calle con dignidad.

te tiemblan las manos. Mamá volverá pronto, no dejes que te vea así. Relájate, por favor, hazlo por mí.

Al regresar, Macit encontró a Sabiha arrodillada a los pies de su padre.

—Tarik dice que, seguramente, los Alfandari volverán pronto a casa.

—¿Los Alfandari? ¿Te refieres también a Selva? —preguntó su esposa.

—Me refiero a los tres.

—¿Quién les convenció para hacerlo?

—Imagino que este último suceso ha sido la gota que colma el vaso.

—¿Cuándo llegarán?

—Todavía no se sabe. Tarik dice que probablemente en un mes.

—Tendríamos que encontrarles un sitio para vivir, ¿no te parece?

—¿Para quién? —preguntó Fazil Reshat, ausente.

—Para Selva, papá; parece que vuelven a casa —le repitió Sabiha.

Hubo un silencio absoluto. Fazil Reshat giró la cara para ocultar las lágrimas que inundaban sus ojos. Su mirada se perdió en la oscuridad de la noche.

## En la estación

La estación de París Este estaba atestada de gente. Todo el mundo corría por todas partes cambiando de andén. Había mujeres cargando con niños, hombres que intentaban no perder su tren, porteadores llevando maletas, forasteros confusos que, obviamente, eran turistas y, sobre todo, soldados. Por toda la estación había jóvenes de rostro inocente con botas que crujían al caminar, yendo en grupos de un lado a otro, dispuestos a morir o matar. También personas que gritaban los nombres de otras personas; los que se volvían a encontrar llorando de alegría; los que se separaban, de dolor. Las campanas repicaban, pitaban los silbatos, las ruedas del tren rechinaban contra las vías y los soldados seguían marchando monótonamente. Y los diversos olores: ese característico olor a humo que invadía las fosas nasales; los húmedos efluvios del vapor; la fragancia del perfume de las mujeres que pasaban; el hedor a ajo y sudor que lograba filtrarse por los ásperos ropajes de los campesinos, y el aroma acre que emanaba del cuerpo de los jóvenes soldados. En la estación convivían la esperanza y el dolor.

Ferit corría de la mano de su esposa hacia el quinto vagón de un tren larguísimo. La sujetaba con fuerza mientras, con la otra mano, arrastraba una maleta bastante grande; llevaba dos bolsas más colgadas al hombro.

—*Monsieur...*, por favor, *monsieur*, ¿me ayuda con este billete?

El revisor, cuya gorra le caía sobre las cejas, le echó un vistazo y rezongó:

—¿Se puede saber qué hace aquí, *monsieur*? Su andén está al otro lado. Baje por esas escaleras para cruzar.

Ferit se dio la vuelta y siguió tirando de su esposa.

—Espera un momento, Ferit; suéltame la mano, vas a hacer que me caiga —se quejó Evelyn.

—No puedo hacerlo, cariño. ¿No ves lo lleno que está este sitio? Si te suelto y te pierdes, no podré volver a encontrarte. Intenta aguantar, por favor.

Corrieron de la mano escaleras abajo, cruzaron las vías y subieron por el siguiente tramo para ir a dar a otro andén donde esperaba otro larguísimo convoy. Salía humo de la locomotora. En la cola, Ferit vio a alguien alto y pensó que se trataría de Rafael. Respiró aliviado y aminoró el paso. En la puerta del vagón, le enseñó el billete a otro revisor.

—Es en aquel, un poco más allá —dijo señalándole la dirección.

Siguieron caminando. El momento más difícil se acercaba. Ferit tenía la responsabilidad de distribuir a los pasajeros en los asientos, así que debía llegar pronto al coche correspondiente.

Había pasado la noche en la estación y Evelyn había acudido por la mañana temprano. Hikmet Özdogan y Tarik habían venido también para tomar posesión del vehículo y llevar a cabo las formalidades necesarias. El vagón se había unido a la cola de un tren que partía hacia Berlín a las nueve de la mañana. Cuando acabó con el papeleo, Hikmet volvió a casa, de modo que Ferit y Tarik decidieron ir a una cafetería que estaba abierta las veinticuatro horas. Pidieron café con coñac. Tarik estaba absorto.

—No lo olvides, Ferit —le había dicho—, es muy importante que la guarnición destacada en la frontera de Turquía esté informada de vuestra llegada con antelación. Nuestros oficiales en Bulgaria tienen instrucciones para hacerle saber que estáis en camino. Tan solo espero que nada salga mal.

—Todo va a ir bien, amigo mío; ya lo verás, no te preocupes. No entiendo el problema que planteas.

—La sincronización es muy importante: mientras vosotros estéis cruzando la frontera, esa guarnición estará jugando un partido de fútbol con otro destacamento vecino.

—¡Ay, Señor!

—Exacto. Así son las delicadas complejidades de la diplomacia. Es absolutamente vital que los soldados de la frontera no tengan

conocimiento de vuestra llegada. Dios no lo quiera, pero alguno de ellos podría detectar algún error en vuestros pasaportes. En cambio, si están entretenidos jugando a fútbol, nadie se dará cuenta, ¿no te parece?

—¡Caramba! ¿Y contra quién se toman todas esas precauciones?

—Contra los alemanes, por supuesto. ¿Crees que es sencillo coquetear con los británicos y proteger a los judíos, asegurándonos, mientras tanto, de que los alemanes no se nos pongan en contra?

—¡Claro que no! Lo entiendo, amigo mío. Que Alá esté contigo —le deseó Ferit—. ¿Hay algo que yo pueda hacer para alertar a nuestra guarnición en la frontera?

—No lo creo. Sería arriesgado que llamaras a la embajada. Trataremos de arreglarlo con nuestros colegas de Bulgaria.

Permanecieron sentados el uno al lado del otro, bebiendo carajillo tras carajillo; no hablaron mucho. Teniendo en cuenta que su amistad era relativamente reciente, se sentían cómodos compartiendo su preocupación por la aventura que les esperaba. Finalmente, Tarik dejó a Ferit solo con sus pensamientos. Su pintoresca y excitante vida pasó por delante de sus ojos como una película.

Se había ganado el apodo de «el sabiondo» durante sus años de estudiante en el Liceo Galatasaray de Estambul. Los recuerdos que le venían a la mente mostraban cómo se había hecho acreedor de ese título. Su vida estaba llena de éxitos y obsesiones, no importaba hacia dónde enfocara sus intereses: teatro, música, leyes, matemáticas... Paralelamente a sus logros académicos, centraba su atención en la lucha por causas en las que creyera. Tales eran las cosas que acudían a su memoria en ese sucio café parisiense. Más tarde, mientras estudiaba en París en 1940, Hitler invadió Francia y el gobierno turco pidió a sus ciudadanos que regresaran. Como la guerra estaba siendo promovida por un lunático, Ferit se unió a la Resistencia para luchar por el bien de la humanidad.

Nadie sabía cuánto más iba a durar aquello. Lo único seguro era que él estaría en el tren que saldría al día siguiente para Berlín, con todo lo que eso implicaba. Había alcanzado el punto

de no retorno y sus recuerdos y preocupaciones acudían a él en tropel.

Por si eso fuera poco, mientras esperaba a Evelyn en la estación, le preocupaba cómo iba a poder explicarle que viajarían en vagones diferentes.

Al llegar al coche número cinco, Ferit ayudó a subir a su mujer y se encargó después de la maleta. Cuando él también estuvo a bordo, avanzaron por el estrecho pasillo mirando los números de compartimento.

—¡Aquí está! —exclamó Ferit—. Mira, te ha tocado sentarte al lado de la ventanilla, ¿no es genial?

El resto de los asientos aún estaban vacíos.

—Todavía no entiendo por qué tenemos que pasar por Berlín para llegar a Estambul —dijo Evelyn.

—¿Cuántas veces más tendré que repetírtelo? No estamos en situación de exigir nada, por eso —le respondió Ferit.

Subió la maleta a la rejilla portaequipajes y dejó la bolsa de mano en el asiento, junto a su mujer.

—¿Vas a sentarte a mi lado? Sería más cómodo si te sentaras enfrente y pudiéramos estirar las piernas.

Ferit fingió estar comprobando su billete.

—En realidad, me parece que yo no voy en este vagón.

—¿Cómo?

—Es inexplicable, pero me han dado un asiento en otro vagón del tren.

—¿Por qué?

—Tienes motivos para estar enfadada, Evelyn. Yo también lo estoy, pero no hay nada que podamos hacer en estas circunstancias.

—Apuesto a que tú ya lo sabías.

—Verás, amor mío: cuando fui a sacar los billetes, el tren estaba casi lleno y solo pudieron ofrecerme dos asientos en vagones separados. Te prometo que hice todo lo que pude para que nos sentaran juntos; incluso les expliqué que mi esposa estaba embarazada. Me dijeron que harían cuanto estuviera en su mano, pero está claro que les resultó imposible. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Evelyn alzó la voz:

—¡No me lo puedo creer! O sea que voy a hacer el largo viaje a Estambul yo sola y a ti te parece bien, ¿no es eso?

—¡Chist! No grites, cariño, por favor. La gente nos está mirando.

—Me trae sin cuidado. ¡Baja esa maleta! —Evelyn se levantó de su asiento e intentó alcanzarla.

—¡Estate quieta, Evelyn! ¿Es que te has vuelto loca?

—¡O viajamos juntos o no viajamos! Es mi última palabra.

—Cariño, siéntate, por favor. Si insistes en abandonar tu asiento, alguien más podría sentarse en él y tú te quedarías sin ventanilla.

Mira a toda esa gente. ¡Mírala! —Ferit abrió la ventana y arrastró a su mujer hasta ella—. Contempla a esos miles de personas

luchando por conseguir asiento en los trenes. ¿Tienes idea de cuántas tendrán que hacer el viaje de pie en los pasillos? Yo te conseguí un asiento; junto a la ventanilla, y encima tú no paras de quejarte. ¿Así es como demuestras tu gratitud? ¿Qué más da que no tengamos asientos contiguos?

—No entiendo por qué tenemos que estar separados si compraste los billetes con tanto tiempo de antelación.

—Mira, tú siéntate ahí como la buena chica que sé que eres y yo iré a buscar mi sitio. Nunca se sabe, a lo mejor podemos cambiarlo con alguien.

—Y si no podemos, ¿qué?

—Me temo que, en ese caso, tendremos que contentarnos con lo que tenemos. Si no nos sentamos juntos, te prometo que vendré a verte cada vez que el tren se detenga.

Evelyn iba a protestar de nuevo, pero se contuvo cuando alguien más entró en la cabina. Parecía estar a punto de ponerse a llorar.

—Evelyn, cariño...; ¡Sé razonable, por favor! Deja que me vaya y encuentre mi coche. Prometo hacer cuanto esté en mi mano.

No te levantes de tu asiento, por lo que más quieras. Volveré tan pronto como pueda.

Ferit abandonó el compartimento, salió del vagón mochila al hombro y echó a caminar hacia el final del tren. Evelyn se levantó y se asomó a la ventana para observar a su marido. Se detuvo frente a un vagón a cierta distancia y se puso a hablar con un hombre alto.

—¿Le importaría cerrar la ventana, *madame*? Hace un poco de frío —le pidió una mujer mayor sentada frente a ella.

Evelyn se retiró y se la quedó mirando con lágrimas en los ojos.

—Permítame —dijo un joven que acababa de entrar.

El hombre cerró la ventana. Evelyn pegó la cara a ella, pero ya no fue capaz de ver dónde estaba Ferit. Sacó entonces un periódico de la bolsa, intentando aliviar sus nervios. El compartimento se fue llenando poco a poco. Ferit tenía razón: los asientos eran escasos. El matrimonio que había sentado enfrente tenía tres hijos pequeños, pero solo dos asientos; obviamente, tenía la intención de sentarlos en su regazo. Ferit regresó cuando Evelyn estaba haciendo un crucigrama. Ya no llevaba la mochila.

—¿Qué sucede? ¿Vamos a cambiar de asientos? —preguntó ella.

—Es muy difícil, voy en un vagón de segunda clase. No es tan cómodo como este.

Evelyn miró a su alrededor como diciendo: «¿Esto te parece cómodo?».

—Nadie aquí querría cambiarme el sitio —añadió Ferit.

—Yo lo haré —contestó Evelyn—. Le pediremos a alguien de tu vagón que me cambie su asiento por el mío junto a la ventana.

—¿Crees que no lo he pensado? Pero el caso es que, en mi compartimento, no hay nadie que viaje solo, son todo parejas y familias.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Evelyn con los ojos llorosos.

—Vamos a tener que quedarnos como estamos, amor mío. A lo mejor se baja alguien, nunca se sabe; tendremos que esperar y ver qué pasa. ¿Quieres que te traiga algo? Otro periódico, una revista, cigarrillos, caramelos...

—No, gracias.

—¿Agua?

—No intentes engatusarme.

—Evelyn, por favor, no me mires con esa cara. Te prometo que vendré a verte en cada parada —dijo Ferit, inclinándose para besar a su esposa.

Antes de salir del compartimento, se volvió hacia un hombre mayor, sentado junto a Evelyn, y le pidió que cuidara de ella. Añadió:

—Desgraciadamente, solo pude conseguir un billete en segunda. Tendremos que viajar separados.

—¿Es que hay alguna diferencia de clases en este tumulto? —preguntó el hombre, señalando a su alrededor—. Tenga cuidado, joven, yo cuidaré de su esposa.

Ferit se abrió paso hacia la puerta por el pasillo atestado y saltó al andén. Fue corriendo hasta el último coche; se trataba del vagón especial que habían traído de Turquía. Los compartimentos estaban repletos de personas con pasaporte turco. Ferit consiguió llegar al sitio donde había dejado el suyo, metido en la mochila. Selva había sentado a Samuel y a Perla uno al lado del otro, junto a la ventanilla. La niña tenía a Fazil en su regazo, mirando hacia el exterior. Cuando este vio a Ferit, empezó a dar palmas de alegría.

—Hola, hombrecito —le saludó él—. ¿Has vigilado mi mochila?

—¿Dónde está tu mujer? —preguntó Selva—. ¿Cuál es su asiento?

—Va en otro coche.

—¿Y eso por qué?

—No sabe nada de este. Únicamente sabe que nos dirigimos a Estambul, pasando por Berlín. Eso es todo.

—No lo entiendo.

—Selva, Evelyn está esperando un bebé. Tuvo pérdidas estando embarazada de dos meses. No le he dicho nada porque no quiero causarle más ansiedad de la necesaria. Ella no sabe nada de este vagón.

—¿Y va a hacer un viaje tan largo ella sola?

—En su compartimento hay gente muy agradable y su pasaporte es perfectamente válido. Puede que se aburra, pero eso no es nada comparado con otras posibilidades...

—Una de las cuales sería que no llegásemos a nuestro destino, ¿es eso lo que quieres decir?

—Ya sabes que esto es una apuesta. Te lo he dicho muchas veces, ¿no es así? De hecho, insistí para que Fazil y tú viajarais en un vagón normal, como Evelyn. Tanto tu marido como Tarik te suplicaron que lo hicierais, pero tú no les hiciste caso. Eres muy tozuda, ¿sabes? No puedo decirte otra cosa.

—Todo eso ya lo sé.

—Entonces no me hagas preguntas que no puedo responder.  
¿Dónde está Rafael?

—Ha ido a la farmacia de al lado de la estación, a comprar unas cuantas cosas que hemos olvidado.

—Voy a comprobar dónde se sienta cada uno. Recuerda que tú, Rafael y yo tenemos que distribuirnos como hemos acordado.

—Sí, lo sé. ¿Cuántas personas irán aquí?

—Bueno, en circunstancias normales, solo tres en cada lado; pero incluso en la cabina de Evelyn viajan nueve pasajeros. Intentaré no ponerte en uno muy lleno al organizar los asientos.

—No, no. No lo preguntaba por eso. Ni se te ocurra hacerlo —dijo Selva.

Todos los que se habían alojado en el apartamento de Ferit se habían convertido en buenos amigos, especialmente durante su última noche allí. A pesar de estar esperando la noticia desde hacía tiempo, nadie pareció entusiasmarse cuando su anfitrión les anunció que el tren saldría a la mañana siguiente. Iban a embarcarse en el que, probablemente, sería el viaje más largo y difícil de sus vidas. Ya no podían echarse atrás: o llegaban a su destino o no lo hacían. Todos estaban absortos en sus pensamientos mientras se comían sus *baguettes* de queso y lechuga y se bebían sus vasos de vino. Era indudable que sobre el corazón de cada uno de ellos pesaban los mismos temores. Puede que viajaran hacia un destino incierto, pero tenían el apoyo de todos los demás.

Tarik avanzaba por el andén con una bolsa de papel en la mano, mirando por la ventana de cada uno de los compartimentos. Al ver la silueta de Evelyn, se detuvo y golpeó el cristal. Ella se volvió asustada y miró hacia fuera. Se le iluminaron los ojos al ver a Tarik. Los ruidos de la estación no le permitieron oírle cuando dijo: «voy a entrar», pero pudo leerle los labios. Se levantó de inmediato y fue a recibirle al pasillo. Ambos se abrazaron.

—¿Es cómodo tu asiento? —le preguntó él.

—Sí, pero ¿sabes lo que ha hecho el espabilado de mi marido?

—Sí, Evelyn, pero te aseguro que no fue culpa suya. Él también está muy disgustado. Yo mismo he hablado con el revisor hace un rato,

y me ha prometido hacernos saber si queda libre algún asiento. No te preocupes por eso, lo más importante es tener un viaje seguro.

Tarik hablaba sin mirar a Evelyn a los ojos. No podía decirle: «al menos tú estás segura aquí. Nadie sabe dónde acabará el vagón en el que viaja Ferit».

—Estoy muy angustiada, Tarik —repuso ella—. Tampoco entiendo por qué el tren ha de atravesar Berlín.

—Al parecer, otras líneas han sido bombardeadas. Es el tipo de cosas que suceden en la guerra. Olvídalo... Mira lo que te he traído —dijo Tarik, entregándole a Evelyn unos bombones y galletas que sacó de la bolsa.

—¡Ay, Tarik! Eres un buen amigo. Gracias por venir a despedirte de nosotros.

—No podía dejaros marchar sin deciros adiós, ¿no?

—Podríamos habernos visto antes, pero Ferit no quiso que volviera a París hasta el último momento. Seguro que sabes que el muy granuja alquiló el apartamento...

—Lo sé, pero es genial, ¿no te parece? Al menos tendréis unos ingresos mensuales fijos —opinó Tarik mientras la acompañaba a su asiento—. Procura no cansarte, relájate y que tengas un buen viaje.

Tarik la dejó allí y caminó hasta el coche que lucía en las ventanillas el emblema de la estrella y la luna creciente. Encontró a Margot en el mismo compartimento que Selva.

—¿Son estos vuestros asientos? —les preguntó.

—Sí, Selva y yo viajaremos juntas. Rafael va en otra cabina —contestó Margot, mucho más calmada que unas horas atrás.

Cuando dejó a Ferit en el café de la estación, Tarik se había escapado a casa para afeitarse y cambiarse de ropa antes de encontrarse con Margot por la mañana temprano. Ella estaba lista para el viaje, con la maleta cerrada y al lado de la puerta. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris y su sombrero favorito. Tarik se sorprendió al encontrarla sentada, muy erguida, en una silla que había llevado hasta la ventana.

—¿Se puede saber qué haces ya vestida y preparada para salir a esta hora de la mañana?

—Estoy lista desde medianoche. Esperé un rato para ver si venías,

pero como no lo hiciste, decidí arreglarme para el viaje y aquí estoy. No iba a poder pegar ojo, de todas formas.

—Margot, tenía que hablar con Ferit de algo muy importante.

—Ya lo sé. Lo sé, cariño. Gracias por venir igualmente.

—¿Por qué no preparas un par de tazas de café?

El café olía mejor que nunca, arropados como estaban el uno en brazos del otro. Se lo tomaron en silencio. Más tarde, Margot se puso el abrigo rojo sobre los hombros, se subió al coche de Tarik y se dirigieron juntos a la estación. Tras acompañarla a su vagón, fue a comprarle unas cuantas cosas para el viaje.

—Margot, no he podido encontrar lo que andaba buscando; algunas tiendas no han abierto, todavía. Aun así, os he traído montones de revistas y periódicos para que los leáis por el camino. También os he traído un bocado, por si os entra hambre... lo que he podido encontrar, claro.

Depositó casi todo el contenido de la bolsa en el asiento de al lado de Margot.

—No deberías haberte molestado tanto —dijo Selva—. Aquí hay suficiente comida para alimentar a un regimiento.

Finalmente, Tarik sacó un paquete del fondo de la bolsa y se lo dio a Fazil.

—Y esto es para que juegues durante el viaje, amiguito.

El pequeño rasgó enseguida el papel para abrir el paquete. Era un tren de madera.

—¡Caramba, Tarik! ¿Cómo has conseguido encontrar una juguetería abierta de madrugada?

—Es un regalo que compré hace tiempo; igual que este...

Antes de arrugar la bolsa, sacó de ella otro paquete y se lo dio a Margot. Ella lo desenvolvió con cuidado. Era una fotografía enmarcada de ellos dos en La Closerie des Lilas de París, que Rafael había tomado con su cámara una soleada mañana. Tarik la rodeaba con sus brazos y sus ojos brillaban de júbilo. Mirándola, recordó lo felices que habían sido aquel día. Margot apretó la fotografía contra su pecho.

Ferit apareció de pronto en la puerta, acompañado de un hombre alto y bien vestido.

—Este es *monsieur* Brodd —dijo—, antiguo director general del Banco de Alemania en Turquía. Ahora trabaja para la Asociación de Inmigrantes y ha invertido mucho tiempo y esfuerzo en hacer posible este viaje. Ha venido hasta aquí para entregar el vagón en persona, y quiere desearos un agradable viaje; especialmente a ti, Selva.

Ella se sorprendió. Se puso en pie y le estrechó la mano. Ferit le presentó entonces a los demás.

—Esta es Margot Palley y estos, Samuel y Perla Afnaim; o, en otras palabras, Sami y Peri Naim.

El hombre le dio la mano a todos y les deseó buen viaje. Luego, se dirigió de nuevo a Selva.

—Señora, he tenido el honor de conocer a su padre en Estambul.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Poco antes de venir aquí, de hecho. Estaba muy preocupado por usted y vino a verme. Le prometí que me aseguraría de conocerla si estaba usted en este tren.

Selva no daba crédito a lo que oía. Se le aceleró el corazón y le zumbaban los oídos.

—Es increíble. ¿Así que ha conocido a mi padre realmente?

—Así es. Poco antes de viajar hasta aquí. Vino a verme a la oficina de Inmigración de Karaköy. Me preguntó por este tren en concreto. Probablemente sepa que nuestra organización depende por completo de donaciones privadas. Su padre contribuyó generosamente y nosotros le estamos profundamente agradecidos.

Después de eso, Selva solamente era capaz de oír el zumbido de sus oídos. Tenía ganas de llorar, pero se mordió el labio y apartó la vista, intentando evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.

Cuando Ferit y *monsieur* Brodd se hubieron marchado, entró otro hombre. Intentó encajar un maletín y una maleta bastante grande en la rejilla portaequipajes.

—Disculpe, *monsieur*, pero la maleta tiene que ir en el compartimento de equipajes —le informó un revisor que pasaba—. ¿Por qué no la dejó allí antes de subir?

El hombre no discutió. Dejó el maletín en su asiento y salió afuera con la maleta.

—Creo que conozco a ese hombre —murmuró Margot—. ¿Dónde lo he visto antes?

—No sé. A mí no me suena de nada —dijo Selva.

Su marido regresaba con algunos paquetes. Al entrar Rafael, Tarik se levantó.

—Es hora de despedirme. Si no me bajo ahora, acabaré yéndome con vosotros —dijo.

Se oyó el silbido de la locomotora al soltar el vapor, pero eran tantos los ruidos y los trenes, que se hacía difícil distinguir uno de otro. Mientras Tarik se levantaba, otro grupo de gente se amontonaba en la entrada. Un joven alto, Constance y Marcel —a quienes Selva había dado clase en París— y un hombre mayor entraron en el compartimento. Selva y Tarik se abrazaron. Él besó a Fazil en la frente mientras el niño jugaba en el suelo con su tren, y deseó buen viaje a Samuel y a Perla. Les hizo un gesto de despedida a todos los demás y salió al pasillo. Margot le siguió. Le dio un fuerte abrazo a Tarik mientras el tren empezaba a avanzar lentamente.

—Te recordaré siempre, Margot —dijo él antes de saltar al andén.

Se tropezó con Ferit, que volvía corriendo de ver a su esposa. Le faltaba el aliento y solo pudo darle un fuerte apretón de manos a Tarik antes de subir al tren.

—¡Cuídate y gracias por todo! —le gritó al arrancar.

Mientras iban tomando velocidad, Margot bajó la ventanilla y se asomó para decirle adiós a Tarik, agitando su pañuelo. Selva, Rafo, Perla y Samuel la aplastaban contra el cristal, intentando hacer lo mismo. Ferit, todavía en el estribo, agitaba el brazo. El joven alto también se despedía de alguien. Tarik atisbó brevemente la cara triste de Margot cuando el tren le adelantó. Permaneció con la mano en alto mientras se alejaba más y más. Se iba haciendo cada vez más pequeño en la distancia, hasta que finalmente desapareció en la nube de humo de la locomotora.

## El tren

Cuando Margot ya no fue capaz de distinguir la silueta de Tarik en la lejanía, se sentó. Cerró los ojos y fingió dormirse para no tener que hablar con nadie. Volvió a abrirlos cerca de Reims y reparó de nuevo en el hombre que tenía sentado enfrente. Estaba segura de conocer ese rostro; no le cabía duda de que lo había visto antes. Al igual que el otro anciano del compartimento, no se había quitado la gorra. Llevaba puestas unas gafas e iba leyendo un libro. Perla y Samuel jugaban a los barcos. Selva había pasado toda la noche en vela y ahora se había quedado dormida, con su hijo en las rodillas. Todo estaba en silencio. Margot deseó que esa paz y ese silencio se prolongara. Era como si ya no esperara nada de la vida: no podía volver a su país porque lo gobernaban los nazis, toda su familia estaba desperdigada y ella se había visto obligada a abandonar su empleo y al hombre al que había empezado a amar. Deseó seguir viajando en ese tren mientras el mundo girara.

—¿Le apetece un cigarrillo, *mademoiselle*?

Margot casi se cae del asiento.

—No, gracias.

—¿Le importa si yo me fumo uno?

—No, en absoluto —contestó Margot.

El joven estaba sentado a su lado. Iba limpio y bien aseado, pero estaba extremadamente flaco y la piel bajo sus ojos era de color púrpura. Esperaba que no tuviera tuberculosis.

—¿Va usted a Berlín?

Se trataba de un parlanchín, cuando todo lo que ella quería era que la dejaran en paz. Deseó que aquel saco de huesos le diera la murga a algún otro.

—No, voy más allá —contestó.

—¿A Praga?

Ella no dijo nada y sacó del bolso un libro en húngaro para ponerse a leer.

—¿Qué idioma es ese?

—Húngaro.

—Entonces, usted debe de ser de Hungría.

—Sí —respondió Margot, ocultándose tras el libro.

—Siento haberla molestado. Es que echo de menos conversar, discúlpeme.

Sin embargo, era Margot la que lo sentía. Se preguntaba qué problema tendría el joven.

—No hay nada que disculpar —le dijo—. Es que me siento muy desdichada por tener que abandonar París. Además, estoy bastante cansada. ¿Adónde se dirige usted?

—A Estambul. Si es que llegamos, claro...

—¿De verdad?

—¿Por qué le sorprende? ¿Cree que es un viaje demasiado largo?

—Yo también voy a Estambul —contestó Margot.

—Entonces estaremos juntos durante algún tiempo. Me llamo David, por cierto —dijo el joven—. David Russo.

El tren cruzaba hermosos y verdes valles. Pasaba por delante de las casas de las afueras, en cuyos jardines jugaban los niños, saltaban los perros, las mujeres tendían la colada y los hombres cortaban el césped. También atravesaba pueblos y ciudades, las cúpulas de cuyas iglesias se divisaban en la lejanía. Mirando todo eso, uno tenía la sensación de que todo iba bien en el mundo. De hecho, si alguien que no fuera de la Tierra la visitara por vez primera viajando en ese tren, tendría esa misma sensación. El infierno europeo no era visible desde esas ventanillas.

Además de los niños jugando, los ocupantes del resto de asientos estaban leyendo, contemplando el paisaje o durmiendo. No les apetecía hablar en absoluto, tenían un gran pesar en su corazón. Los críos se entretenían haciéndose una pregunta tras otra de geografía o de historia. Selva se había despertado, pero no se atrevía a moverse para no molestar a Fazil, todavía dormido en su regazo. Rafael había ido y venido dos veces durante el sueño,

para comprobar que su esposa e hijo estuvieran bien. Margot le había hecho gestos de que así era.

—¿Qué altura tiene el Everest?

—7500 metros.

—Muy bien. ¿Qué separa Europa de Asia?

Antes de que Samuel contestara, el hombre de la gorra habló por primera vez desde que se subió al tren:

—Tu respuesta anterior no era correcta, jovencito.

—¿Qué respuesta? —preguntó Samuel.

—El Everest mide 8848 metros, no 7500.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Simplemente lo sé.

Margot se agitó incómoda en su asiento. No solo conocía el rostro, sino que también reconoció la voz. Decididamente, la había escuchado antes. No pudo resistirse a preguntar:

—Disculpe, *monsieur*; creo que nos hemos visto anteriormente, pero no consigo recordar dónde.

—Son cosas que pasan, *mademoiselle*. A veces unas personas nos recuerdan a otras. Yo no la conozco de nada.

—En ese caso, permítame que me presente: me llamo Margot Palley; soy de Hungría.

—Encantado de conocerla.

Al no responder con su nombre, Margot dirigió a Selva una mirada interrogante. Al mismo tiempo, Constance se levantó para ir al baño.

—Tengo que hacer pis —le dijo a Selva en turco, para que los hombres no se enteraran.

Selva no pudo evitar reírse por la manera en que Constance se había expresado.

—Bien dicho, Constance —le contestó—. Veo que mis esfuerzos no han sido en vano.

David Russo se puso colorado. Se preguntó si debería decirles que él hablaba turco, para no avergonzarlas si hablaban de asuntos privados más tarde.

Se dieron cuenta de que se acercaban a una gran ciudad cuando las cúpulas y las agujas de sus catedrales se iban agrandando. El

tren resopló, aminoró la marcha y, por último, se detuvo completamente con un quejido agudo. Selva leyó el cartel: REINAS

—¿Nos detenemos aquí? —preguntó Marcel.

—Ferit y Rafael tienen los detalles; debemos preguntarles a ellos —contestó Selva al aparecer su marido en la puerta.

El hombre de la gorra se puso las gafas y empezó a leer de nuevo, ocultándose detrás del periódico.

—Vamos a parar aquí un rato —anunció Rafo—. ¿Tenéis hambre?

—¿Crees que podemos bajarnos? —le preguntó Constance.

—No hace falta. Tenemos suficiente comida aquí —opinó Marcel.

Selva vio a través de la ventanilla que Ferit corría hacia los coches de cabeza. Fazil se había despertado y se movía inquieto en su regazo.

—El pobrecillo lleva horas sentado. ¿Crees que debería sacarle a tomar el aire?

—Solo estaremos aquí veinte minutos. No te vayas lejos, por favor —le advirtió Rafo—. Si vas a bajar, ¿por qué no traes algo para comer?

—Tengo una cesta llena de comida.

—Pero puede que no volvamos a parar hasta más allá de la frontera alemana. Si quieres bajar, será mejor que lo hagas aquí.

El viejo suspiró.

—¿Y qué diferencia hay, *monsieur*? Puede que nos hallemos en Francia, pero estamos bajo ocupación alemana. Francia, Alemania; Alemania, Francia... No creo que haya mucha diferencia. Allí o aquí, los nazis están por todas partes.

—Sí, pero al menos aquí se habla francés. Podemos entender el idioma —observó Rafael.

Selva se había levantado y le estaba poniendo la chaqueta a Fazil.

—¿Vienes conmigo, Rafo?

—Tengo que ir a ver a los pasajeros de los que Ferit me ha hecho responsable. Podría haber una comprobación de identidad, será mejor que vayas tú sola.

—¿Hay algo que pueda traerle a alguien? —preguntó ella.

—Yo iré contigo —se ofreció Constance.

Cuando esta se levantó, también lo hicieron Margot, Marcel y

David. En el compartimento solo quedaron los chicos y los dos hombres. Camilla les había hecho jurar a los primeros una y otra vez que no se moverían de su sitio, así que ellos fueron fieles a su juramento.

Mientras que Margot y Marcel cambiaban de andén para ir a comprar cigarrillos, Selva buscaba un lavabo para su hijo. Al ver a Ferit regresar del vagón de su esposa, le preguntó si quería tabaco.

—Gracias, pero no —contestó él—, tengo de sobra. Te recomiendo que no te alejes mucho: si el tren empieza a moverse, podría resultarte difícil subirte a él cargando con el niño.

—Volveré en cuanto salgamos del baño —le aseguró Selva. El lavabo del tren había empezado a oler mal después de unas horas de viaje.

Tras subir al tren, Ferit avanzaba por el pasillo cuando vio a un oficial de las SS entrando en la cabina de Selva. Se le erizó el vello, como si fuese un gato asustado por un perro. Se preparó para afrontar una posible situación de riesgo. Empezó a caminar lentamente y esperó detrás de la puerta.

—Billetes, por favor. Y también la documentación —reclamó el oficial.

Perla sintió de pronto una punzada en el vientre y se le puso la cara amarilla. Samuel alcanzó su bolsa y sacó los pasaportes.

—¿Cómo te llamas?

—Sami.

—¿Eres turco?

—Sí.

—¿De verdad?

Samuel repitió en turco la respuesta y le entregó la documentación. El oficial la comprobó.

—¿Es esta tu hermana?

—Sí.

—Soy turca —dijo la niña en ese idioma; le temblaba la voz.

—A mí no me parece turca. ¿Se acostó tu madre con una zana-horia?

Samuel pensó en escupirle a la cara. Se vio a sí mismo aclarándose

la garganta y lanzándole un gargajo. Al acabar con los niños, el oficial se volvió hacia el viejo, tranquilamente sentado.

—¡Billete! ¡Identidad!

El anciano sacó de su bolsillo el pasaporte y su tarjeta de identidad. El alemán les echó un vistazo y se los devolvió. Cuando le tocaba al otro hombre, Ferit entró.

—*Monsieur*, soy el líder del grupo —se presentó—. No tiene por qué molestarse, puedo reunir todos los pasaportes y entregárselos, si le parece bien.

—¿Es este un vagón de turistas? ¿Es usted el guía?

—Como usted sabe, no es posible organizar viajes turísticos hoy en día. Este vagón fue enviado desde Turquía para recoger a los ciudadanos turcos atrapados en Europa. Todas las estaciones de la ruta han sido informadas. ¿Ustedes no?

—Nadie me ha dicho nada al respecto.

—Qué raro... Nuestra embajada se aseguró de avisar a todas las estaciones antes de la salida del tren.

—Si toda esta gente está volviendo a Turquía, ¿qué es lo que hacen en un tren que se dirige a Frankfurt y a Berlín? Estos billetes solo son para Berlín.

—Los billetes para el resto del viaje los tengo yo. Tuve la precaución de ponerlos a buen recaudo, ya que hay un buen número de ancianos y niños en el grupo. No quería que se confundieran o los extraviaran. Y respecto al desvío a Alemania, hay pasajeros que se subirán al tren allí. El gobierno turco no ha podido permitirse habilitar un vagón para cada punto de origen. Gracias a Dios que enviaron este, por lo menos.

—Muy bien. Tráigame los billetes y los pasaportes. Estaré en el primer vagón, a la cabeza. No les dejaré marchar sin haberlos visto todos.

—No se preocupe, le encontraré.

—Espero que entre ellos no haya nadie que esté en la lista de perseguidos.

—¿Cree que iba a atravesar Alemania con una persona en busca y captura?

El oficial salió del compartimento. Ferit y el hombre de la gorra

cruzaron sus miradas durante un segundo. Este se secó la frente con un pañuelo. Un pálido Rafael estaba de pie en la puerta.

—Será mejor que recojas los pasaportes y billetes de todo el mundo —le dijo Ferit—. Yo voy a buscar a los que han salido.

Algunos de estos últimos regresaban lentamente. Desde la puerta del vagón, Ferit les hizo señas para que se apresuraran. Luego, se bajó y corrió hacia los servicios para avisar a los que estaban allí. Unas treinta personas hacían cola en el andén para subir al tren. Se estaban poniendo nerviosos y empezaban a empujarse para ser los primeros.

A pesar del frío, Selva se puso a sudar cuando vio al hombre con el brazalete de las SS. Estaba agotada por llevar a Fazil en brazos, pero también por el miedo. Preparó enseguida los pasaportes y los billetes para entregarlos. Rafael, por su parte, había reunido los de aquellos que no habían descendido y salió rápidamente. Todos estaban en el lugar que les correspondía excepto Perla, que permanecía erguida en el asiento de la ventanilla, con una expresión rara en el rostro.

—Deberías sentarte en tu sitio, Peri; ese es el asiento de Marcel —dijo Selva, pero la niña no se movió—. ¿Qué te pasa? ¿Te has asustado mucho?

Perla no respondía.

—Perla..., Peri, cariño, ¿estás bien? ¿Por qué no te sientas en tu sitio?

Al levantarse, Selva advirtió una mancha de sangre extendiéndose por la falda de cuadros azules de la chica.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? No me digas que ya tienes... No te asustes, Perla; todo va a ir bien, cielo. Yo me encargo —la tranquilizó.

Perla seguía nerviosa y avergonzada.

El tren prosiguió su viaje con un traqueteo monótono que indujo a todo el mundo a dar cabezadas, o incluso a dormirse completamente. Los nervios les habían agotado. En realidad, estaban más relajados ahora que cuando subieron al tren por primera vez. Habían superado una prueba y se habían dado cuenta de que era un

problema posible de afrontar. Margot y Selva atendieron a Perla y le pusieron una falda nueva. Todavía sentía punzadas en el vientre, pero sobre todo estaba avergonzada. Siguió el viaje al lado de la ventanilla, evitando el contacto visual con el resto de pasajeros.

Iban a toda velocidad por una tierra cubierta de bosques de oscuros árboles, con vacas y ovejas en los montes, pastando aquí y allá. Las casas que iban quedando atrás tenían techos de tejas rojas, maceteros en las ventanas y espléndidos jardines separados por setos bien podados. Solo alguien muy observador se percataría de que se estaban aproximando a un país con una cultura diferente.

—Si no comemos algo, nos vamos a morir de hambre —dijo Selva, bajando la cesta de la comida del portaequipajes.

La tristeza que habían sentido al abandonar París, y el miedo al salir de Reims, les había hecho perder el apetito. Ahora se daba un cierto sentimiento de solidaridad entre los pasajeros que compartían un mismo destino, cosa que había contribuido a hacerlos sentir más relajados.

Margot y Constance siguieron el ejemplo de Selva y bajaron también su comida. Les ofrecieron algo a los hombres, que parecían llevar únicamente manzanas y pasteles resecos. El único de ellos que llevaba una bolsa con alimentos era David Russo. Les cambió el humor cuando este sacó un par de botellas de buen vino tinto para acompañar la comida.

—Iré a buscar a Rafo —le dijo Selva a Margot—. Seguro que él también querrá comer algo.

Rafael, sin embargo, parecía bastante contento compartiendo una apetitosa cena en la mesa de su propio compartimento.

—Pásate a vernos si te apetece un poco de vino —le ofreció su esposa.

—Y tú pásate por aquí si te apetece un poco de coñac —repuso su marido en turco—. Tenemos a un joven que ha traído una bolsa llena de botellas. No me extrañaría que fuera alcohólico.

—Seguramente necesita relajar sus nervios —opinó Selva.

Habiendo comprobado que Rafo parecía feliz, ella regresó a su cabina sintiéndose mejor.

Los mismos pasajeros que habían empezado el viaje con descon-

fianza, estaban ahora más tranquilos, cómodos los unos con los otros. Empezaron a hablar entre todos y a hacerse todo tipo de preguntas. Todos excepto Perla, que seguía avergonzada mirando por la ventanilla, y el hombre a quien Margot creía conocer. Estaba empezando a oscurecer. Las luces de las ciudades lejanas se fueron encendiendo como estrellas en el firmamento.

De repente, el tren frenó en seco, haciendo que los pasajeros sufrieran una fuerte sacudida. Se oyeron disparos a lo lejos. Todos se miraron entre ellos con ojos llenos de terror. Fazil empezó a llorar.

David Russo se levantó, bajó la ventanilla y se asomó. Un olor a carbón inundó el compartimento.

—Esto no es ninguna estación. Parece que estemos en mitad de ninguna parte.

Algunos más se apresuraron a unirse a David para echar un vistazo afuera. Estaba muy oscuro y no se veía casi nada, pero estaba claro que los hermosos lugares por los que habían pasado aquella tarde hacía mucho que habían quedado atrás.

—Tengo que buscar a Rafo. Me pregunto qué habrá pasado —dijo Selva al abandonar el compartimento.

Cuando su hijo la vio salir, empezó a llorar de nuevo.

—Ven conmigo —le tranquilizó Selva.

Fazil caminó hacia ella con paso inseguro y cogió la mano que le ofrecía. Intentaron avanzar juntos por el pasillo. Estaba lleno de gente que había saltado de su asiento para ver qué sucedía. Selva cogió a Fazil en brazos para evitar que fuese aplastado y fue mirando cabina por cabina. No encontraba ni a su marido ni a Ferit. Empezó a sentirse acongojada y volvió sobre sus pasos hasta la salida del vagón. Marcel estaba en la puerta. Juntos, intentaron forzarla y finalmente lo lograron. Él puso un pie en el estribo y miró hacia la cabeza del tren.

—*Madame* Selva, hay unos hombres armados junto al tren.

Selva también se asomó para echar un vistazo. Unos soldados sujetaban unas lámparas en la cabeza del tren, junto a la locomotora.

—¡Dios mío! ¡Deben de haberse llevado a Rafo! ¡No le encuentro por ninguna parte! —exclamó.

—Seguro que ha ido a ver qué es lo que ha pasado. ¿Por qué iban

a llevárselo precisamente a él, de entre toda esta gente? –la calmó Marcel—. Además, ¿no tiene pasaporte turco?

–Seguro que tienes razón, pero es que tengo los nervios de punta. De todas formas, será mejor que vaya allí delante para comprobarlo.

–¿Es que te has vuelto loca? –preguntó Marcel—. Haz el favor de volver adentro.

Selva se sintió avergonzada y decidió regresar a su compartimento. Al darse la vuelta, se tropezó con David Russo, que estaba justo detrás. A pesar de la oscuridad, pudo ver el terror en sus ojos, que se salían de sus órbitas.

–¿Decís que hay soldados armados delante? –preguntó.

–Sí, cerca de la locomotora.

–A un lado. Hacedos a un lado, por favor –les pidió a Marcel y a Selva—. Me quiero bajar.

–¿Para ir adónde?

–A donde sea.

–¿Disculpa?

–No importa a dónde vaya. Tengo que irme ahora mismo. Selva y Marcel se miraron.

–Pero no estamos en ninguna estación. ¿Adónde piensas llegar desde aquí? –repitió el segundo.

–No importa. Me bajaré y caminaré hacia esas luces, a lo lejos.

–Pero no sabes dónde estamos, David. Te perderás.

–Puedo ir siguiendo las vías.

David Russo saltó afuera sin utilizar los escalones. Marcel, Selva y Fazil, en brazos de su madre, le siguieron. Marcel intentó retener a David agarrándole del brazo. Ambos empezaron a forcejear.

–Comportándote así nos pones en peligro a todos. Haz el favor de subir al tren de inmediato.

–No podría soportar que me volvieran a meter en un campo –dijo David—. ¡Nunca más! ¡Nunca!

–Espera un momento. Nadie te va a meter en ningún campo.

David se zafó de Marcel y echó a correr hacia el final del tren. Selva y Marcel corrieron detrás de él. Fazil, que parecía divertirse con la persecución, empezó a gritar de alegría. Oyeron entonces

un ruido de pisadas que les perseguían, a su vez. David aceleró y se oyó un disparo. Se detuvo de golpe. Selva y Marcel llegaron hasta él y todos se derrumbaron. Los pasos se acercaban cada vez más, hasta detenerse a su lado. Dos soldados les apuntaban con sus rifles.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó uno de ellos.

–Nos hemos tropezado –le contestó Marcel.

–¿Intentabais escapar?

–¿Por qué razón? –dijo Selva.

–¿Adónde ibais, entonces? ¿De picnic?

–Mi hijo quería hacer pis –les explicó Selva—. Estos caballeros querían hacer lo mismo y, ni que decir tiene, pensaron que debían alejarse de mí.

–¿Es que no hay retretes en el tren?

–Por supuesto que los hay, pero huelen fatal. Además, hay cola. El vagón está muy lleno.

–¿Y por qué corría usted detrás de unos hombres que querían orinar? ¿Por qué llevaba un niño en brazos y cómo es que se ha caído?

–Estaba intentando ayudar a mi hijo a hacer pis al lado de la puerta cuando escuché un disparo. Me entró el pánico y lo cogí en brazos por instinto. Empecé a correr para protegerle de las balas y me tropecé con ellos.

–¿Un disparo? ¿De qué está hablando?

–Hubo un disparo –intervino Marcel—. ¿No lo han oído ustedes?

–¡Ah, eso! Eran los campesinos ahuyentando a los jabalíes de sus tierras –dijo el otro soldado—. ¡En pie!

Tenían un aspecto cómico, tratando de desenredarse para ponerse en pie. Selva vio a Rafo y a Ferit detrás de los soldados, petrificados y con la boca abierta. No pudo evitar reírse.

–No veo qué tiene esto de gracioso –la reprendió su marido.

Selva no podía parar de reírse, las lágrimas le corrían por las mejillas. Ferit alargó el brazo para ayudarla a levantarse. Rafo cogió a su hijo, quien parecía estar pasándose en grande. Intentaba decirle algo a su padre mientras daba palmadas. Ferit ayudó también a Marcel y a David.

–¡Vuelvan a su vagón de una vez! –les ordenó el soldado—. Y

enséñenme también las tarjetas de identidad. Veamos cuánto de todo esto es verdad.

—¿Qué quieren de mi mujer? —intervino Rafo.

—Estaba intentando escapar.

—¿Qué? ¡No me haga reír!

—Pronto lo averiguaremos —dijo el soldado.

Regresaron todos al tren. El resto de pasajeros estaban asomados a las ventanillas, intentando ver lo que pasaba. Cuando Selva entró en su compartimento acompañada del soldado, a todos les entró el pánico. El hombre de la gorra, ajeno a todo, estaba dormido con esta cayéndole sobre la nariz.

—¡Muy bien! Quiero ver los tres billetes y los documentos de identidad. También el del niño —dijo el soldado.

—El niño figura en mi pasaporte —le informó Selva

Se dio la vuelta y fingió regañar a su hijo:

—Todo esto es por tu culpa —le dijo sin que él la entendiera—. Todo por no poder aguantarte un poco más.

Rafo también sacó su pasaporte y Ferit empezó a divagar sobre lo que estaban haciendo fuera. El otro soldado inspeccionó las documentaciones y los billetes de Selva, David, Marcel y Rafo.

—Mmm, nos han molestado para nada —dijo—. Será mejor que utilicen los lavabos del tren la próxima vez que quieran aliviarse.

Luego les dieron la espalda y se retiraron. En cuanto lo hubieron hecho, el hombre de la gorra se la ajustó bien y se irguió. David estaba sentado en su asiento, como en trance.

—¿Qué demonios estabais haciendo ahí fuera? —preguntó Rafo, furioso.

Selva no quiso contestar por miedo a volver a soltar una carcajada. Marcel le explicó lo sucedido y se volvió hacia David.

—¿No te dije que nos ibas a meter en problemas? —le gritó.

Acudieron lágrimas a los ojos extraviados de David.

—¿Por qué estás tan asustado? —le preguntó Selva, acercándose. David no respondió.

—Antes mencionaste un campo. ¿Has estado en uno anteriormente?

—Sí, acabo de salir de uno —contestó él.

Selva se sentó a su lado y le rodeó con los brazos. Le acariciaba suavemente el cabello. Todos en la cabina guardaban silencio. Finalmente, Marcel lo rompió:

—¿Y por qué nos hemos parado? ¿Qué querían esos soldados armados?

—Parece ser que estamos esperando a más soldados que van a subirse al tren. Los van a llevar a alguna parte.

—¿Y cuánto se supone que pueden tardar? —le preguntó Margot.

—Quizás tengamos que pasar una o dos noches aquí. ¿Quién sabe? —observó Ferit.

Un murmullo de insatisfacción se extendió por el compartimento.

—Quisiera hablar contigo fuera —le dijo Rafo a su esposa.

Fazil, sentado en el regazo de Perla, estuvo a punto de armar un escándalo cuando vio que sus padres salían, pero una mirada de Rafo bastó para que no lo hiciera. Este y Selva se encontraban ahora cara a cara en el pasillo.

—Escúchame, Selva, te lo advierto por última vez. ¡Si vuelves a abarcar más de lo que puedes en tu intento por ayudar a los demás, te juro que pido el divorcio en cuanto llegemos a Estambul!

Selva le volvió la espalda y regresó al compartimento, dándole un portazo en la cara.

Aunque el sol aún no estaba en su cenit, los rayos molestaron a David y le despertaron. El sedante que el anciano le había suministrado la noche antes le había sumido en un sueño tan profundo que amaneció sintiéndose totalmente rejuvenecido y feliz. Cuando se hubo espabilado por completo, recordó el incidente de la jornada anterior y se ruborizó. Se había comportado como un idiota. Aunque sus compañeros de viaje se habían mostrado comprensivos y le habían tratado con compasión tras escuchar su historia, no pudo evitar sentirse avergonzado. «Ojalá hubiera escuchado a los que me decían en casa, una vez liberado del campo, que fuese a ver a un médico —pensó—. De haberlo hecho, es posible que no hubiéramos tenido ese incidente anoche.» Si Marcel y Selva no hubieran ido tras él, los soldados podrían haberle pegado un tiro, intentando evitar

que escapara. Decidió que era afortunado, después de todo. Esta era la segunda vez que Dios había tenido a bien salvarle la vida.

Era el amanecer de un nuevo día; soleado y tranquilo, aunque aburrido. David, quien desde que salió del campo no podía soportar estar encerrado en lugares estrechos, sintió que le faltaba el aire ante la idea de pasar el día entero dentro de la cabina. Trató de calmarse:

«Te han vuelto a salvar la vida. Estás entre amigos. Vas camino de la libertad. ¡Vamos, hombre, mantén la compostura!».

Margot estaba durmiendo enfrente. Él sonrió: era una chica muy hermosa. Deseó que hubiera sido ella, y no Selva, quien se había mostrado tan solícita con él. Quizás eso añadiría un poco de color a este viaje tan monótono.

Selva, Perla y Fazil no estaban en sus asientos. Probablemente, habrían ido al baño. Los demás aún dormían, con la cabeza apoyada en el hombro del que tenían al lado. La de Samuel estaba en el regazo del hombre de la gorra. David salió para ir al lavabo y encontró a Selva hablando con Perla.

—Por el amor de Dios, David, no vuelvas a bajar aunque tengas muchas ganas de aliviarte. Podrían reconocerte y meterte en líos —le dijo Selva al verle.

—Te prometo que no lo haré, no te preocupes —le aseguró el joven.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien. *Madame* Alfandari, quiero disculparme sinceramente por lo de anoche. De no haber sido por usted y por Marcel, habría tenido un grave problema. Lamento profundamente haberles puesto en peligro. Espero que puedan perdonarme.

—Por favor... No hay nada que agradecer. No hablemos más de ello, no hay nada más normal que asustarse al ver soldados armados después de lo que has pasado. Te aseguro que no necesitas disculparte. Ahora, me gustaría pedirte un favor: lo primero, que me llames Selva, por favor; lo segundo es que sepas que, si durante el viaje necesitas hablar conmigo sobre cualquier cosa que te preocupe, sea la hora que sea, puedes hacerlo libremente.

—Te prometo que no volverá a pasar.

—Lo sé, David. De todos modos, este tipo de cosas no suelen darse a menudo. Si lo hicieran, nos encerrarían a todos.

David vio entonces a Rafael saliendo de otro compartimento.

—Ahí viene tu marido —dijo, intentando animar a Selva.

A ella, sin embargo, no le agradó la noticia. Rafo se unió al grupo y abrazó y besó a su hijo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó a su esposa.

Como Selva no contestaba, David se sintió obligado a responder:

—Muy bien. ¿Tú, qué tal?

—Gracias a ti, he estado teniendo pesadillas toda la noche.

David inclinó la cabeza y se puso colorado. Selva cogió a Fazil de la mano y le ayudó a volver a la cabina. Margot ya se había despertado y tenía la mirada fija en el hombre del rincón.

—¿Aún no has descubierto quién es? —le preguntó Selva.

—No, no acabo de ubicarlo.

La gorra se le había deslizado hacia atrás mientras dormía, así que Margot podía verlo ahora con más claridad, a pesar de la barba incipiente.

—¡Oh, cielos! —exclamó de pronto—. Selva, lo tengo. Ya sé de quién se trata.

—¿Y de quién se trata?

—Ven afuera conmigo.

Margot se recompuso y ambas salieron al pasillo.

—Me muero por saberlo... Por el amor de Dios, ¿quién es? ¿Se trata de alguien importante?

—Puedes jurarlo. Es uno de los científicos más importantes del mundo, una mente reconocida en el campo de la física. Hace dos años ganó un montón de premios por no sé qué descubrimiento, ¿no te acuerdas? Recuerdo haber visto su retrato en todas las revistas médicas del trabajo. Le entrevistaban constantemente por la radio. Se llama Meyer... Siegfried Meyer, ¡eso es! El famoso Siegfried Meyer.

—¡Claro! Ahora me acuerdo. ¡Cielos, Margot! —dijo Selva con la voz entrecortada por la excitación—. Los alemanes deben de estar buscándole por todas partes. Se lo llevarían en cuanto lo identificaran.

Quiso compartir ese descubrimiento tan emocionante con su marido, pero era una lástima que aún estuviera enfadada con él. Regresaron juntas al compartimento. Selva empezó a examinar la cara del hombre. Sí, estaba claro que era él. Tenía la certeza absoluta. A pesar de la cabeza afeitada y la ausencia de barba, se trataba de él.

El sol invadió finalmente la totalidad de la cabina y todos sus ocupantes se despertaron. Cuando Samuel abrió los ojos y se dio cuenta de que tenía la cabeza en el regazo de un desconocido, se incorporó de inmediato.

—¿Dónde está Perla? —preguntó.

Margot le miraba con una sonrisa.

—Iré a buscarla —añadió mientras se levantaba.

—Puedes ir si quieres, pero no tienes por qué preocuparte por tu hermana. Ella está bien, ahora. No hay de qué preocuparse.

A pesar de ello, Samuel decidió salir para ir a buscarla. Cuando Selva le oyó saludar fuera a Ferit, se puso en pie de un salto y se apresuró a abordar a este.

—Ferit, tengo que decirte algo —le anunció, estirándole del brazo para apartarlo de Samuel.

—¿Qué sucede, Selva? ¿Ha vuelto a pasar algo malo?

—Ferit, ¿sabes quién viaja a nuestro lado?

—¿Quién?

—Siegfried Meyer, el... —Ferit le tapó la boca con la mano.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué no nos lo habías dicho?

—Es mejor que nadie se entere de esto. ¿Lo sabe alguien más?

—Margot. Fue ella quien le reconoció en primer lugar.

—Que no salga de vosotras dos, por favor.

—¿Lo sabe Rafael?

—Sí, era el único que estaba enterado, aparte de mí.

—¿Bajo qué nombre viaja?

Selva intentaba ocultar su enfado porque su marido no hubiera compartido esa información con ella.

—Kohen.

—¿Tiene pasaporte turco?

—Sí.

—Pero no habla el idioma, ¿verdad?

—Por eso lo puse en el mismo compartimento que David, tú y los que, gracias a ti, pueden decir algunas frases en turco. Los nazis tampoco suelen conocer el idioma, pero nunca se sabe. Puede acabar apareciendo algún oficial que haya pasado tiempo en Turquía y quiera demostrarlo. Sabiendo lo rápida y capaz que has demostrado ser en ese tipo de situaciones, pensé que sería mejor sentarlo contigo.

—¿Y cuándo se supone que debería haberlo sabido? Deberíais haberme advertido de esto.

—Tengo fe en ti al respecto, Selva. No se te escapa nada y me consta que tienes un talento especial para manejar asuntos delicados —la elogió Ferit.

Samuel interrumpió la conversación:

—¿Cuánto más creéis que tendremos que esperar aquí? —les preguntó.

—Eso es lo que estaba intentando averiguar —contestó Ferit—. Voy a ver a mi mujer y luego veré si alguien sabe cuándo seguiremos el viaje.

—Por favor, dale recuerdos a Evelyn de mi parte, aunque no nos conozcamos. Pregúntale si necesita algo de beber o de comer. Tengo de todo.

—Te lo agradezco, pero me temo que no podré hacerlo; ella no sabe que viajáis en el mismo tren —le informó Ferit.

Aquel jueves junto a la frontera alemana se hizo bastante largo. Aunque fuese aburrido estar encerrado en el tren, el tiempo transcurría más rápidamente si aquel se movía atravesando el paisaje. En cambio, estar detenidos lejos de una ciudad o un pueblo, esperando de la mañana a la noche en mitad de ninguna parte, era algo agobiante, a pesar de que ahora se les permitiera salir para estirar las piernas. La mayoría de los pasajeros habían aprovechado la oportunidad para dar un paseo a lo largo de la vía y respirar aire fresco. Ferit pasó la mayor parte del tiempo con su esposa. A pesar de la insistencia de su hermano, Perla decidió no salir, sino estirarse a leer un libro en la cabina casi vacía. El

único que estaba con ella era el hombre de la gorra, quien había estado haciendo crucigramas hasta primera hora de la mañana. Hubo un momento en que David y Marcel se pusieron a jugar al *backgammon* en el tablero que este había traído. Los pasajeros de los diferentes compartimentos, e incluso vagones, tuvieron ocasión de alternar y charlar entre ellos. Los que iban en el mismo coche se sentían unidos de algún modo; compartir el mismo destino empezaba a hacerles sentir como una familia. Incluso Selva, que había estado evitando a su marido durante todo el día, había empezado a relajarse un poco. Sobre las cinco, cuando el cielo vespertino pasaba de azul a violeta, la gente empezó a estar intranquila de nuevo. Comenzaba a refrescar y todos volvieron a sus asientos, en el refugio de las pequeñas cabinas, intentando calcular cuánto más se prolongaría aquel agotador viaje.

Marcel había podido convencer finalmente a un revisor poco dispuesto a cooperar, que durante todo el día no se había dignado a responder a ninguna pregunta, para que le diera algún tipo de pista sobre cuándo reanudarían el viaje.

—No me haga mucho caso, pero no creo ni por asomo que retomemos la marcha antes de medianoche —le había dicho entre dientes.

Después de cenar en los compartimentos, decidieron unánimemente hacer una excepción y ponerse a dormir pronto. Selva, que la noche antes había tenido que acompañar a Fazil al baño muchas veces, cambió su asiento para estar al lado de la puerta, junto a Siegfried. Cuando se apagaron las luces, solo unos cuantos encendieron sus focos de lectura y ella se dirigió al hombre cuya identidad ahora conocía.

—Disculpe, *monsieur*, ¿le molestaría mucho que leyera un rato, o prefiere que apague la luz? —le preguntó en voz baja.

—Adelante, se lo ruego; puede usted leer hasta que se canse, *madame*. No me molesta en absoluto.

—Se lo agradezco. Por cierto, yo soy Selva, Selva Alfandari. No he tenido ocasión de presentarme antes.

—Permítame presentarme yo también: me llamo Kohen —dijo el hombre.

—Encantada de conocerle, *monsieur* Kohen. Espero que la in-

quietud de mi hijo no le cause demasiadas molestias. Perdónenos si es así.

—No, de eso nada. Es un jovencito brillante y encantador —repuso el hombre.

Después de tanto tiempo juntos, incluso él empezaba a estar menos tenso. Cuando se quitó la gorra a la pálida luz del compartimento, Margot hizo un guiño a Selva.

Volvía a anochecer. ¿Quién sabe qué novedades les depararía la siguiente jornada? Los pasajeros del vagón de la estrella y la luna creciente se durmieron sintiéndose un poco más optimistas.

Selva soñó que llegaban a Estambul y que estaba con su padre, que había venido a recibirla. No viajaba en tren, sino en barco. Mientras este se acercaba al puerto, con su fondo de minaretes y cúpulas, ella se arrojaba al mar y nadaba en pos de su padre impaciente. Padre e hija buceaban de la mano hacia las profundidades del océano. ¡Cuánto añoraba estar unida espiritualmente a su progenitor! Nadaban cada vez más profundamente por entre los peces y las algas.

Una repentina sacudida despertó a Selva. También a Siegfried, a David y a Constance.

—¿Qué está pasando? —susurró esta última.

—Creo que nos estamos moviendo.

No tenían idea de qué hora era. Seguía estando muy oscuro afuera. El tren empezó a chirriar al ponerse en movimiento. Fazil murmuró un quejido y se revolvió en brazos de su madre. David salió al pasillo, asegurándose de no molestar a nadie; le resultaba imposible permanecer en el mismo sitio más de unas pocas horas. Encendió un cigarrillo. En la distancia, muy lejos, podían percibirse unas luces. ¿Volvería a iluminarse su vida de ese modo? Caminaba por el pasillo, arriba y abajo. El negro cielo daba paso, lentamente, a los tonos carmesí del amanecer. David volvió al compartimento.

Cruzaron la frontera con Alemania durante el desayuno. A Selva se le partió el corazón al ver que Ferit y Rafo se dirigían a la aduana. «Por favor, Señor, protégenos —rezó—. No dejes que nada salga mal». Se había despertado tan feliz de su sueño que no quería que nada lo estropeará.

—Me pregunto si podremos salir a tomar el aire —dijo Constance.  
—¡Quédate donde estás! —le ordenó su marido.

Margot había hervido un poco de agua en el hornillo del final del pasillo. El pan ya se había endurecido, pero las galletas y las tartas todavía aguantaban. Selva le ofreció algunas al anciano, que nunca había querido probar bocado.

—Tampoco cenó usted nada anoche. Ya sé que está todo un poco seco, pero déjeme cortarle al menos un trozo de tarta, por favor.

—Te lo agradezco, querida —dijo él—, pero no puedo.

—Supongo que un pastel reseco no es demasiado apetecible. ¿Qué tal un poco de salami?

—Solo un sorbo de té, gracias. Quizás coma algo más tarde.

Selva percibió, de repente, el hedor que desprendía el embutido que había sacado de la cesta. «Será mejor que tire esto a la basura cuando lleguemos a la estación», pensó. Dejó el cesto en su asiento y se levantó para ir al baño. Al salir vio que varios soldados alemanes avanzaban por el pasillo revisando las cabinas. Se puso a la cola del lavabo y esperó que llegara su turno. Al acabar, los soldados ya se habían retirado.

Encontró a Rafo preguntándole a Margot dónde estaba su mujer. Cuando la vio, le dijo:

—¿Todavía estás en huelga de silencio?

—¿No ibas a divorciarte de mí?

—No seas estúpida, por el amor de Dios.

Selva pasó junto a su marido sin dirigirle la palabra y Rafo la agarró del brazo.

—¿Es que no ves que me preocupo por ti? No haces más que ponerte en situaciones arriesgadas. Uno de estos días te vas a buscar un problema grave.

Selva entró al compartimento y levantó la cesta para apartarla. El salami ya no estaba dentro. Miró a su alrededor y vio a Fazil en brazos de Samuel, mordisqueándolo. Se apresuró a arrebatárselo el trozo que quedaba.

—¿Te has comido todo esto?

Fazil la miró satisfecho y asintió.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Este salami está podrido!

Selva se puso muy nerviosa. ¿Qué iba a hacer ella si Fazil enfermaba durante el viaje?

—Se ha comido un salami podrido mientras yo estaba en el baño —dijo volviéndose hacia Margot—. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Estaba podrido, realmente? Parecía estar disfrutándolo a lo grande.

—Eso es porque le encanta el salami.

—No te preocupes. Lo peor que le podría pasar es que le diera diarrea.

El tren dio una nueva sacudida y se puso en marcha. Ferit se asomó al compartimento.

—¡Que tengáis un buen viaje! —exclamó—. Hemos conseguido cruzar la frontera alemana sin problemas.

—¿No te han hecho ninguna pregunta?

—¿Sobre qué? —interrumpió el anciano—. Venimos de un país que tienen igualmente ocupado. ¡Esa frontera ha dejado de existir!

Su llegada a Alemania fue como la seda, no tuvieron ningún tipo de complicación. La alegría se extendió por todo el vagón. Todos hablaban a la vez, se reían y hacían bromas.

Siegfried y el anciano cuyo nombre, según habían podido averiguar, era Asseo, mantenían una profunda conversación en alemán.

Los rayos del sol otoñal invadían el compartimento. Estaban atravesando poblaciones muy tranquilas. Después de un rato, dejaron atrás las casitas de techos de adobe, los cuidados jardines y los campos donde pastaban las vacas. En su lugar, se sucedían los pueblos con casas de piedra y techos de tejas rojas, piscinas e iglesias. Cruzaron después ciudades de edificios barrocos. El tren marchaba a toda máquina, como si se tratara de una carrera a contrarreloj.

—¡Vaya, mirad esto! ¡Acabamos de pasar por la estación de Karlsruhe! —anunció Marcel.

—Karlsruhe está en el sur —observó el anciano, angustiado—. Me pregunto adónde nos estarán llevando.

El rostro de Siegfried también se ensombreció.

—¿Le apetece un cigarrillo, *monsieur* Kohen? —le preguntó Margot.

—Gracias, pero prefiero fumar de mi marca —respondió él mientras salía al pasillo.

Asseo le siguió. Margot vio cómo Siegfried se sacaba del bolsillo una cajetilla muy elegante y se la ofrecía al anciano. Ambos empezaron a fumar. La preocupación se extendió por el compartimento una vez más. Todos estaban inquietos excepto los pequeños.

—Voy a buscar a Ferit —dijo Marcel.

Los demás se quedaron esperando pacientemente su regreso.

—Al parecer, no hemos podido seguir la ruta prevista porque han bombardeado algunos tramos de las vías y han cerrado otros —les informó al volver—. Vamos a tener que continuar la marcha oscilando entre el norte y el sur, como ahora. ¿Qué otra cosa pueden hacer? El viaje será más largo, por supuesto, pero parece que no hay por qué preocuparse.

Tras abandonar Karlsruhe, el tren se dirigió al norte a través de Mannheim. Se volvieron a tranquilizar.

—Si esto sigue así, Selva, esta angustia va a acabar con nosotros, estoy segura —dijo Margot.

—Cuanto más dure, peor será. Podré soportarlo —le contestó Selva.

Llegaron a Frankfurt sobre la hora del almuerzo. Aunque estaba repleta de soldados, era agradable encontrarse en una estación abarrotada y bulliciosa después de haber pasado tanto tiempo en mitad de ninguna parte. Sin embargo, la presencia de militares y de agentes de las SS se hacía cada vez más patente. Como lo peor que habían experimentado hasta ahora había sido la espera en la frontera, los pasajeros se atrevieron a bajarse del tren. Iba a ser una parada de media hora. Esperaban que fuese suficiente para reabastecerse de alimentos, comprar algunos periódicos y, tal vez, tomarse una buena taza de café en el bar de la estación.

Selva no se movió de su asiento. No quería molestar a Fazil, que llevaba más de una hora con dolor de tripa. Consiguió calmarlo dándole una taza de té y se quedó dormido en su regazo. En el compartimento solamente quedaron ellos dos, Siegfried y Asseo. La cara de este último estaba muy pálida.

—¿Por qué no sale afuera a tomar aire fresco, *monsieur* Asseo? —le preguntó Selva.

—Sinceramente, no me siento con ánimos para aguantar a la multitud —contestó él.

—Pues claro que no se siente con ánimos, apenas ha comido nada. Le serviré un poco de tarta cuando Fazil se despierte.

—Debo decir que ustedes, los turcos, son extremadamente generosos —observó Asseo—. Ojalá que mi salud me permita llegar a su país.

—Por favor, no diga eso, *monsieur* Asseo. Seguro que se pondrá bien, ya lo verá. Solo quedan unos cuantos días más para llegar a Turquía.

—Siempre y cuando no nos tengan dando vueltas y esperando. Si seguimos como hasta ahora, el viaje podría prolongarse incluso durante un mes.

—Así es la guerra —dijo Selva.

Al no ver a su mujer entre la multitud del andén, Rafo volvió a subir al tren.

—¿Qué sucede, Selva? ¿Por qué no bajáis Fazil y tú?

—¡Ay, Rafo! A Fazil le duele mucho el estómago. Esta mañana se comió un buen trozo de salami podrido.

La preocupación por su hijo le había hecho olvidar su riña.

—¿De dónde sacó el salami?

—Estaba en mi cesta de comida.

—¿Y por qué dejaste que se lo comiera?

—Lo cogió mientras yo estaba en el baño.

Recordó entonces que le había ofrecido el embutido al anciano.

—*Monsieur* Asseo, le aseguro que no sabía que estuviera pasado cuando se lo ofrecí —se disculpó—. Menos mal que usted no lo aceptó.

El anciano sonrió.

—Créame, *madame*, he tenido que alimentarme de cosas peores que esa —dijo él—. Era más importante no pasar hambre.

—Rafo, ¿por qué no vas ahora mismo a buscar una farmacia a la estación y compras algo para el estómago de Fazil? —le propuso Selva.

Rafo les preguntó a los demás si necesitaban algo. Siegfried le pidió cigarrillos y él salió. Asseo y Siegfried se pusieron a jugar al *backgammon* de Marcel, colocado entre ellos. Selva esperaba impaciente.

Rafo tardó un buen rato en regresar. Cuando volvió, lo hizo cargado con todo tipo de cosas.

—¿Por qué has tardado tanto? Estaba preocupada —le dijo Selva.

—¡Vaya! ¿En serio, jovencita? Pues ahora ya sabes lo que se siente.

—¿Es que crees que no lo sabía, Rafo?

Le recordó la angustia que había pasado cuando le detuvo la Gestapo. Rafo le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Desgraciadamente, no he podido encontrar ninguna farmacia, Selva. No podía arriesgarme a buscar una fuera de la estación con el poco tiempo que tenemos. Le pregunté a una enfermera que viaja en otro vagón y me recomendó que le hiciéramos vomitar, o bien que le diéramos algún alimento diurético para que su organismo se librara del problema. Me aseguró que eso le haría ponerse bien.

—¿Y de dónde se supone que vamos a sacar algo diurético? ¿Quieres que le cocine unas verduras en el tren?

—Ella me recomendó agua con sal, para hacerle vomitar.

Selva puso cara de fastidio.

—Ahora está tranquilo. Vamos a ver cómo se encuentra al despertar —sugirió.

Rafo miró a los jugadores de *backgammon*.

—¿Quién va ganando, caballeros?

—¿Es que se puede ganar, jugando contra él? —dijo Asseo.

—No me diga que *monsieur* Kohen es un campeón del *backgammon*.

—Siempre le gano —contestó Siegfried.

Selva pensó entonces que los dos hombres debían de ser viejos amigos. No se había dado cuenta antes porque apenas les había visto entre ellos. Creía que se habían conocido en el tren.

—A mí también se me da bien —dijo Rafo.

—En ese caso debería jugar contra el ganador —le propuso Siegfried.

—Será un placer. Quizás tengamos la oportunidad esta misma noche.

Los que habían descendido empezaron a regresar a sus asientos. Selva respiró aliviada; quería continuar la marcha sin volver a detenerse. Deseaba volver a su país cuanto antes, aunque no tuviese a nadie esperándola allí. Su padre había contactado con el director de la Asociación de Inmigrantes, de modo que estaba al tanto de su inminente viaje. ¿Iría al menos su madre a recibirla? Si supiera la fecha de su llegada, seguramente lo haría, a pesar de su padre. Se entristeció al pensar en ellos. No podía soportar que padres e hijos no se dirigieran la palabra. ¿Cómo podría explicarle todo eso a Fazil, alguna vez? Gracias a Dios, todavía era pequeño, pero estaba segura de que llegaría el día en que empezaría a hacer preguntas.

Margot, Marcel, Constance, David y los niños volvieron al compartimento cargados de comida, bebidas y periódicos. Siegfried y Asseo se abalanzaron de inmediato sobre estos últimos.

—Rusia y Checoslovaquia han firmado un acuerdo —anunció Siegfried tras revisar su ejemplar. Todos le escuchaban con atención—. Los rusos van a permitir que los checos entrenen a sus tropas en su territorio, de cara a luchar contra los alemanes.

—A Polonia le pasó lo mismo —observó Asseo—. Los alemanes iban a dejarles adiestrarse en su territorio para sus propios fines, pero no dudaron en invadir el país en 1939. Y a día de hoy todavía se resisten a abandonarlo.

—Todo es culpa de los británicos —añadió Siegfried—. Churchill mantiene que no puede obligar a sus nuevos aliados a renunciar a lo que él considera territorios estratégicos. Sin embargo, si hubiera insistido, el asunto de la frontera entre Rusia y Polonia ya se habría resuelto.

—Miren lo que dice aquí...

—¿Qué? No he visto nada interesante.

—Afirman que el acuerdo de 1939 ya no es válido. En otras palabras: Polonia puede redibujar sus fronteras —explicó Asseo.

—Eres demasiado optimista. No es más que un ardid para retrasar las cosas. Si de mí dependiera, no permitiría entrenar en Rusia ni a los checos ni a los polacos.

—Existe un dicho turco, *monsieur* Kohen —intervino Rafo—: «El que se cae al mar, se agarra hasta a una serpiente».

—Es un refrán muy apropiado —opinó Siegfried—. Se ajusta perfectamente a la situación.

—¿Ambos son polacos? —preguntó Marcel.

—Ninguno de los dos lo somos —respondió el anciano con una sonrisa triste—. Tenemos pasaportes turcos.

Asseo y Siegfried empezaron a recoger el tablero de *backgammon*.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Rafo.

—El resultado estaba claro desde el principio —contestó Siegfried sonriendo alegremente.

Margot y Selva se miraron, satisfechas al darse cuenta de que había conseguido vencer su nerviosismo.

El tren se puso en marcha. El revisor delgado había sido sustituido por uno de complexión más recia.

—¿Dónde más nos detendremos de camino a Berlín? —le preguntó Marcel.

El nuevo revisor también era más accesible.

—Tenemos por delante una etapa de entre ocho y diez horas. Si no hay percances ni nuevas instrucciones que lo impidan, deberíamos parar en Kassel y en Magdeburgo.

Empezó a llover mientras atravesaban bosques de árboles altos, cuyas hojas se estaban volviendo marrones. Más tarde, volvieron a pasar por nuevos pueblos del extrarradio. La lluvia hacía imposible ver nada a través de las ventanillas. Los pasajeros de los diferentes compartimentos se sentían seguros, juntos en sus entornos aislados. Los hombres jugaban al *backgammon* y las mujeres intercambiaban recetas de cocina. El dolor de estómago molestaba a Fazil de vez en cuando, pero siempre se le calmaba. Parecían haber perdido toda noción del tiempo.

Estaba oscuro a su alrededor y empezó a soplar un fuerte viento. Volvió a aparecer comida por todas partes. Al verla, Fazil se olvidó de su malestar y quiso probarla. Su madre se lo prohibió y él empezó a refunfuñar.

—No ha comido nada en todo el día, *monsieur* Asseo —dijo Selva—. ¿Por qué no prueba unas galletas y un poco de queso?

El anciano cogió unas cuantas y le dio las gracias.

—Voy a abrir mi última botella de vino —anunció David—. De ahora en adelante, tendremos que reabastecernos en cada nueva parada. Sirvió a todos un poco de vino en sus tazas de hojalata.

—Un brindis por el sabor exquisito de nuestro último vino francés. Se desearon lo mejor los unos a los otros, por un viaje retomado sin problemas, y alzaron sus tazas como si fueran copas.

—Aún queda una gota en la botella —le susurró David a Margot al oído—. La he reservado para ti. ¿Quién sabe si volveremos a beber un vino tan bueno alguna vez?

—¿Por qué para mí?

—Porque las mujeres hermosas como tú merecen que se las mime.

—Veo que te encuentras mucho mejor, David.

—Bueno, digamos que me he resignado a mi destino. Aun así, todavía no soporto estar encerrado en lugares estrechos.

—Estoy convencida de que lo superarás pronto. Intenta que no te obsesione. Dios nos ha dado la capacidad de afrontar cualquier cosa.

—¡Mirad! —gritó Selva de pronto—. Acabamos de pasar por Magdeburgo... ¿No se suponía que parábamos aquí?

—Eso no es posible. ¿Estás segura? —le preguntó Marcel.

—Por supuesto que lo estoy. Aunque hemos pasado a toda velocidad, la señal era enorme.

—Entonces, tampoco hemos parado en Kassel —observó Asseo.

—¡Qué raro...! Estaba concentrado en el juego y no me he dado cuenta.

—Me pregunto qué habrá pasado —dijo David.

Rafo, que estaba jugando al *backgammon* con Siegfried, se alarmó.

—Será mejor que vaya a buscar a Ferit para averiguar por qué no nos hemos detenido.

—¿Y cómo va a saberlo Ferit?

—Puede que haya hablado con el revisor.

El tren taladraba la noche a toda velocidad. No habían viajado tan rápido desde que se subieron al tren. Sus esfuerzos por mirar al exterior eran en vano. La estación que Selva decía haber